

en Puebla y en Brasil. Estas fuentes han dado forma a un testimonio pastoral en el que la Iglesia ha afirmado su propia necesidad de conversión y ha tratado de responder a los clamores del pobre, buscando identificarse con su pueblo en la lucha por la justicia verdadera. Las decisiones tomadas han producido un estilo nuevo y desafiante de ministerio. Pero el costo para muchos ha sido alto: varios sacerdotes y misioneros asesinados en El Salvador, incluidos Mons. Romero y las cuatro misioneras norteamericanas; otros tantos muertos en Guatemala, incluyendo al P. Stanley Rother, asesinado el 28 de julio de 1981. Rendimos tributo a estos y otros misioneros que han dado sus vidas.

## MUERTE

El asesinato de estos misioneros Estadounidenses es un recuerdo vívido de nuestra relación con el drama centroamericano, pero no es nuestro único vínculo. Los que salen de Estados Unidos para servir en Centroamérica, así como los líderes locales de las Iglesias en esos países, han descrito a menudo las formas múltiples en las que Estados Unidos influye día a día en el destino del pueblo en estas naciones vecinas. Los lazos entre los Estados Unidos y Centroamérica son complejos y diversos; políticos, culturales, económicos y religiosos. Son lazos formados durante más de dos siglos de historia y difieren en cada país. Es imposible que la presente declaración examine en detalle estas relaciones, pero como obispos de Estados Unidos nos sentimos especialmente ligados con nuestros hermanos obispos de Centroamérica. El testimonio de aquella Iglesia nos exige nuestro propio testimonio, que busque enderezar las decisiones tomadas en los Estados Unidos, cuyas consecuencias afecten directamente a nuestros hermanos en la fe.

Hay muchas voces gubernamentales y no gubernamentales que tratan de formar nuestra visión de Centroamérica hoy. Basta un somero conocimiento de la región para que el observador quede impresionado por la complejidad de lo que sucede dentro de cada país. Pero algunos han argumentado que lo que más nos debe preocupar es el lugar de Centroamérica en la confrontación global entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Al preparar esta declaración hemos repasado de nuevo los principales argumentos en el debate público que sobre Centroamérica se lleva a cabo en los Estados Unidos. Los hemos comparado y evaluado a la luz de la información que tenemos de la Iglesia Centroamericana. Allí los líderes de la Iglesia hablan ante todo y sobre todo de la realidad interna de sus países, de la lucha diaria por la existencia para la mayoría de su pueblo, de la necesidad de estructuras internas socialmente justas y del derecho de autodeterminación en sus relaciones con otros países.

## INVITACION AL DESASTRE

No se puede hablar de que los líderes de la Iglesia Centroamericana sean ingenuos o estén equivocados sobre la amenaza que las fuerzas dominadas por la Unión Soviética suponen para su país. Difícilmente se podrá decir que la Iglesia Latinoamericana o de cualquier otra parte haya sido complaciente con el comunismo. La Iglesia Latinoamericana ha afirmado una y otra vez en la última década que la principal amenaza o la mayor causa de conflicto en esos países no es la subversión venida desde fuera. El reto más importante está en las condiciones internas de pobreza y en la negación de los derechos humanos fundamentales que caracterizan a muchas de esas sociedades. Si se desatienden esas condiciones se convierten en una invitación al intervencionismo.

Ellas deben ser evaluadas país por país, pero nuestro interés principal aquí consiste en repetir otra vez que la postura norteamericana hacia Centroamérica debe estar

basada en la comprensión de su realidad interna y de la forma en que nuestra política y nuestra práctica la afectan. Estamos de acuerdo, por supuesto, con nuestros hermanos obispos de Centroamérica al oponernos también a cualquier ayuda militar que Cuba o la Unión Soviética puedan ofrecer directa o indirectamente a las fuerzas que luchan en esa región.

Creemos que cualquier concepción de los problemas centroamericanos planteada principalmente en términos de seguridad global, respuesta militar, transferencia de armas y preservación de una situación que no logra promover la participación de la mayoría del pueblo en sus sociedades, está profundamente equivocada. Ofrecemos las siguientes reflexiones con el fin de proponer un enfoque diferente.

## EL SALVADOR

En los testimonios ante el Congreso y en declaraciones anteriores del Episcopado Católico de Estados Unidos hemos hablado varias veces del problema de El Salvador, desde febrero de 1980 en que Mons. Romero pidió un cambio en la política norteamericana. Nuestra postura comprende tres aspectos.

En primer lugar, siguiendo a Mons. Romero y ahora a Mons. Rivera y Damas, estamos convencidos de que la ayuda militar extranjera, venga de donde venga, no es una contribución provechosa, sino que simplemente intensifica el ciclo de violencia en El Salvador. Por esta razón nos hemos opuesto y seguimos oponiéndonos a cualquier tipo de ayuda militar, aunque apoyamos la ayuda económica norteamericana controlada. Apoyamos las medidas políticas que eviten el flujo de armas desde otras naciones hacia El Salvador, así como seguimos oponiéndonos a la ayuda militar de Estados Unidos para el gobierno de El Salvador.

En segundo lugar, respaldamos y apoyamos el llamado de Mons. Rivera y Damas para una solución política de amplia base en El Salvador. En este momento queremos hacer hincapié en el papel crucial y creativo que los Estados Unidos podrían y deberían desarrollar apoyando una solución política, más que militar, al trágico conflicto de El Salvador. Si los Estados Unidos quieren cumplir la significativa función que se les ofrece, deben esforzarse en persuadir a los principales protagonistas que abandonen el conflicto armado y se comprometan en un diálogo constructivo, deben ayudarles a curar las heridas con apoyo económico, educacional y alimenticio. Si las elecciones válidas han de ser el producto final de una solución política, sólo se llegará a ellas después de que se hayan cumplido debidamente las condiciones previas.

En tercer lugar queremos reafirmar la postura de la comisión permanente del episcopado norteamericano en cuanto a los exilados salvadoreños que se encuentran actualmente en los Estados Unidos. Muchos de ellos han sido y están siendo deportados, y otros se enfrentan a la amenaza de deportación. Creemos que mientras exista en El Salvador el estado actual de violencia y desorden, los ciudadanos de ese país, sea cual sea su filosofía política, no deben ser obligados a regresar. Pedimos por tanto que cesen todas las deportaciones a El Salvador, al menos hasta que el gobierno actual pueda garantizar la integridad de sus ciudadanos. Recordamos también el sufrimiento de un gran número de refugiados salvadoreños y de otras partes en otros países. Ofrecemos nuestra ayuda material y pedimos a las demás naciones que respondan también a sus necesidades.

## NICARAGUA

Una agonía y una guerra como la que destruye en este momento a El Salvador son sólo un recuerdo para los nicaragüenses. Pero ahora ellos se enfrentan a importantes problemas políticos y sociales acerca de la dirección futura

de su sociedad. Dos asuntos centrales para Nicaragua son su dirección interna y sus relaciones externas.

Internamente Nicaragua está experimentando grandes dificultades para llevar a cabo la reconstrucción política y económica después de la devastación de la guerra. A pesar de carecer de recursos esenciales, el gobierno y el pueblo han tratado de garantizar a la población sus necesidades básicas. Mientras reconocemos estos hechos compartimos también la preocupación expresada recientemente por nuestros hermanos obispos de Nicaragua sobre la creciente restricción de los Derechos Humanos. Es de crucial importancia preservar fielmente el carácter religioso de la sociedad, y proteger el derecho de libre asociación, expresión, prensa y educación, a la vez que se sigue atendiendo a las necesidades sociales y económicas del pueblo.

La cuestión inmediata que nos preocupa como obispos norteamericanos es la política de nuestro gobierno hacia Nicaragua. Creemos que una política diseñada para aislar a Nicaragua y para impedir su acceso a recursos crucialmente importantes para su reconstrucción, no está justificada por nuestra historia con Nicaragua, ni es provechosa para el pueblo de aquel país. De ahí que continuemos apoyando, tal como lo hemos hecho en el pasado, la ayuda económica bilateral y multilateral a Nicaragua. Esta ayuda debería ser controlada, aquí como en otros países, con criterios de derechos humanos. Creemos que una relación diplomática madura y dispuesta a cooperar entre los Estados Unidos y Nicaragua podría reforzar la estabilidad y los derechos humanos en Centroamérica.

## GUATEMALA

Deploramos la violencia creciente en Guatemala tal como está descrita en la declaración de los obispos guatemaltecos del 13 de junio de 1980: "Los actos de violencia entre nosotros han asumido formas inimaginables: asesinatos, secuestros, torturas y hasta profanaciones depravadas de los cuerpos de las víctimas".

Según el Departamento de Estado norteamericano el número de muertos por razones políticas está entre 75 y 100 por mes. En una declaración emitida dos semanas antes del asesinato del P. Rother, los obispos de Guatemala afirmaron que en el asesinato de sacerdotes y religiosos veían un tipo de violencia dirigido a silenciar la voz de la Iglesia.

Los obispos hablaron otra vez sobre la violencia en su país en agosto de 1981: "La Iglesia católica... es quizás hoy como nunca antes en su historia víctima de ataques injustificados y de agresión violenta... además del asesinato o desaparición de 12 sacerdotes... y las muertes violentas de numerosos catequistas y miembros de nuestras comunidades cristianas. Todos saben que en los últimos días se ha desencadenado una campaña publicitaria para desacreditar a la Iglesia".

## DERECHOS HUMANOS

Numerosos informes gubernamentales y no gubernamentales han documentado el deterioro de la situación de

los derechos humanos en Guatemala. El Papa Juan Pablo II describía así la situación en una carta dirigida a los obispos de aquel país: "Conozco bien las ansiedades que ustedes me han comunicado en más de una ocasión, incluso públicamente, en los últimos meses por los muchos --demasiados-- actos de violencia que han sacudido su país y sus llamados repetidos para acabar con lo que han designado correctamente como 'camino a la autodestrucción', que viola todos los derechos humanos --ante todo el sagrado derecho a la vida-- y que no ayuda a resolver los problemas sociales de la nación".

No estamos afirmando que el gobierno guatemalteco sea responsable de todo lo que ocurre, pero resulta significativo que un informe reciente del Departamento de Estado sobre derechos humanos diga que: "El gobierno no ha dado pasos eficaces para detener los abusos o investigarlos seriamente" (Informes por países sobre la práctica de los derechos humanos, 1981 P. 441).

En este momento de la historia guatemalteca la diplomacia de los Estados Unidos debería estar dirigida a una mayor protección de los derechos humanos y a la ayuda para solucionar las necesidades básicas del hombre, especialmente la necesidad de alimento y de inversión de capital en la producción alimenticia. Este tipo de política requerirá una visión creativa que no se manifiesta en la entrega de armamentos militares en una situación ya sobrecargada de violencia. Creemos que nadie debería de ninguna forma dar ayuda militar.

Ofrecemos estas reflexiones como obispos y como ciudadanos. Como obispos estamos llamados a enseñar el mensaje del Evangelio con todas sus implicaciones, incluyendo como dijo Pablo VI en 1975 cuestiones sobre justicia, liberación, desarrollo y paz mundial (Exhortación apostólica sobre la evangelización, No. 31). Como ciudadanos de la nación más poderosa del Hemisferio Occidental nos tomamos en serio el mandato que Juan Pablo II nos dio en el Yankee Stadium: "Buscar las razones estructurales que favorecen o causan las diferentes formas de pobreza en el mundo y en su propio país, para que puedan aplicar los remedios apropiados".

Estas dos directrices impulsan nuestra actual declaración sobre Centroamérica. La ofrecemos con la esperanza de que nuestra continua oración por la Iglesia y el pueblo de esa región pueda ser complementada con nuestro apoyo público a sus derechos humanos y a sus necesidades. Renovamos nuestros vínculos con la Iglesia Centroamericana y reafirmamos nuestro apoyo fraternal a nuestros hermanos obispos que sirven a aquella Iglesia.

Nuestra intención, en la oración y en la acción, es responder al mandato del Señor escuchado en el profeta Isaías: "Este es el ayuno que yo quiero: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne" (Isaías 58. 6-9).

# diálogosocial

Revista mensual centroamericana

Independiente, veraz y comprometida en el análisis e interpretación de los acontecimientos políticos, económicos, sociales y culturales de nuestra América.

Suscripciones (once números al año): América Latina y España, US \$15. Otros países, US \$20. Cada número atrasado: América Latina y España, US \$2; otros países, US \$3. Por cada número especial un dólar adicional. ISSN: 044 - 0226.  
Edita: Centro de Capacitación Social, Apartado Postal 9A-192, Panamá, R. de P. Telf.: (0507) 26 - 6971.